

¿QUIEN TEME AL VIEJO DRAGON?

POR lo pronto —cuando ya parecía todo a punto— ha quedado aplazada la firma del SALT II. Y, como consecuencia, también la cumbre Carter-Brezhnev, que debía haberse celebrado a mediados de este mes, sólo unos días antes de la visita a Washington de Teng Hsiao-ping.

La aproximación Washington-Pekín ha recordado a los dirigentes del Kremlin viejas amenazas. En unas recientes declaraciones al semanario norteamericano "Time", Brezhnev evocaba nada menos que la revolución bolchevique, a raíz de la cual "la Rusia soviética fue invadida por unos quince países, entre ellos los Estados Unidos, que se proponían estrangular la revolución y restablecer el viejo orden". Y tras desechar como pura patraña la existencia de una "amenaza militar soviética" —"¿acaso reclamamos un solo kilómetro cuadrado de territorio a otro Estado?"—, el secretario general del PCUS afirmaba que lo que más inquieta a Moscú es que, mediante incentivos económicos y la entrega de moderno material bélico, se trate de incitar a un país que ha manifestado repetidamente su "hostilidad a la causa de la détente, del desarme y la estabilidad en el mundo" y que, a diferencia de la Unión Soviética, tiene varias reclamaciones territoriales pendientes, un país que ha afirmado además "la inevitabilidad de la guerra y que no ha dejado de prepararse para ella".

Una tesis similar es la expresada en un número reciente de la revista soviética "Tiempos Nuevos" por un experto en asuntos internacionales, Semión Nikolayevich Rostowski, que suele firmar como en esta ocasión con el seudónimo de Ernst Henry.

Para éste, la nueva alianza tiene como objetivo algo que ya intentó, sin conseguirlo, Hitler en su momento: aniquilar a la Unión Soviética. Hace unos años, escribe Henry, la revista "Nation Europa", que se edita en la RFA, publicó un artículo donde casi se lamentaba el que Hitler no hubiese llegado a un acuerdo con el Japón para lanzar un ataque simultáneo sobre la URSS desde ambos frentes, pues las cosas serían hoy muy distintas.

Henry afirma también que la OTAN llevaba ya algún tiempo sondeando las posibilidades de una alianza militar con China. Se sabe, por ejemplo, que el pasado otoño visitaron Pekín cuatro mil-

Más que el mero establecimiento de relaciones diplomáticas entre Washington y Pekín, lo que preocupa realmente a la URSS es el rearme militar y económico de su gran vecino asiático.

tares que habían ocupado cargos de la máxima responsabilidad en la Alianza Atlántica, y todos los cuales habían sido también, en su momento, altos oficiales de la Wehrmacht. El articulista soviético cita concretamente a los generales Trettner, ex comandante en jefe de la Bundeswehr; von Klemmensegg, ex comandante en jefe de las fuerzas de la OTAN en la Europa central, y Steinhoff, anti-

de Asia: "Para conseguir el triunfo, estamos dispuestos a un pacto con el mismo diablo". Pues ¿qué quiere, después de todo, China? Ni más ni menos que dominar el mundo. En apoyo de tan categórica afirmación, el articulista cita una frase, sin duda demagógica, pronunciada por el Gran Timónel, así como un rimbombante párrafo escrito por cierto ideólogo del nacionalismo chino. Y, por si fuera

Karol en "Le Nouvel Observateur". Según Karol, la URSS está empeñada en impedir que su gran vecino asiático salga alguna vez de su subdesarrollo y se convierta en su igual desde el punto de vista económico y militar. Y esto no hacen más que confirmarlo los recientes acontecimientos en Camboya.

Pese a lo que digan los soviéticos, afirma Karol, China no tiene un solo soldado fuera de sus fronteras ni ha formulado al Vietnam reclamación territorial alguna. Su fuerza militar es además despreciable comparada con la de la URSS, y muy inferior, por lo que se refiere a equipamiento, a la de los vietnamitas. Y lo más significativo de todo es que, siendo su población cuatro veces superior a la de la URSS, aquel país mantiene menos hombres en filas que los soviéticos.

De ahí que, según Karol, no tengan ningún fundamento las acusaciones soviéticas de que Pekín quiere convertirse en el decimosexto miembro de la OTAN. Moscú trata de hacer valer sus puntos de vista difundidos indirectamente, utilizando como portavoces a cubanos y vietnamitas, que tienen un ganado prestigio como víctimas del imperialismo norteamericano, pero que son hoy por hoy sus peones. Tal es la tesis de Karol.

Dos versiones, pues, contrapuestas e igualmente maniqueas. Hasta el punto de que resulta difícil decidirse por una u otra. No parece en cualquier caso oportuno infravalorar, como hace Karol, la sensación de acoso que, declaraciones demagógicas aparte, tienen los dirigentes de Moscú y que, tal vez por el martilleo constante de la propaganda, comparte el pueblo soviético. Las apreciaciones subjetivas, sin fundamento en la realidad, pueden tener, en la política, efectos reales. Como tampoco conviene olvidar el carácter disparatado, y hasta indecente, de la política exterior china —apoyo a dictaduras y regímenes ultrarreaccionarios—, y que sólo se entiende desde la clave de su enfrentamiento con la Unión Soviética.

Cualquiera que sea la solución a esta especie de rompecabezas chino, lo cierto es que el nuevo equilibrio mundial a tres bandas va a ser mucho más difícil de mantener que el anterior. Sobre todo si, pese a los desmentidos oficiales, en Washington, Vance y Brzezinski no consiguen ponerse de acuerdo. ■ J. R.



Leónidas Brezhnev: una sensación de acoso.

go jefe del Estado Mayor aéreo de dicha organización, así como al contralmirante Poser, que estuvo al frente del departamento de información de la OTAN. Los cuatro personajes se entrevistaron con varios jefes del Estado Mayor General chino y visitaron las zonas fronterizas con la URSS y con la República Popular de Mongolia.

Comentando esta alianza "contra natura" entre China y las potencias occidentales, Henry recuerda las palabras con que Hitler intentó justificar en 1942 un acuerdo con el Japón para el reparto

poco, más adelante nos explica con toda seriedad que, en aquel país, todavía hoy "se rinde culto a Gengis Khan, quien, en su tiempo, conquistó no sólo Asia, sino también media Europa".

De todas formas, concluye inesperadamente Ernst Henry, con su actual política, China no hace sino cavarse su propia tumba. Pues, sentencia, quien se alía con el imperialismo, antes o después acaba por él devorado.

Un punto de vista totalmente opuesto es el que sostiene el periodista de origen polaco K. S.